

atribuidos al autor de la *Biblioteca francesa*: « Ha hecho sus primeros libros á los diecisiete años. » Ahora bien, los *Amores de Floris*, una de sus primeras obras, datan de 1613. Hay pues que vacilar en cuanto á la fecha de su nacimiento, entre 1696 y 1699, según demos crédito á Sorel ó á Guido Patin. Tenía un tío, Carlos Bernard, que fué historiógrafo del rey y que legó á su sobrino en 1635 su empleo y sus manuscritos. Vivió con sencillez y sobriedad en casa de su cuñado, escribiendo mucho y no queriendo rebajarse á solicitar pensiones á cambio de dedicatorias. Es uno de los primeros literatos que tuvieron en Francia, antes de Lesage y de Voltaire, el cuidado de su dignidad y la afición á su independencia. No frecuentó á los grandes á quienes ni supo ni quiso pintar. Cuando le quitaron su empleo de historiógrafo, se resignó, desdenándose de dar pasos para solicitar y se consagró á las letras hasta su muerte. Falleció el 8 de marzo de 1674, dejando gran número de obras de que la posteridad no ha hecho caso.

Fuera del *Franción* y, si se quiere, del *Pastor Extravagante*, que hojean aún los curiosos, ¿quién se cuida ó se acuerda hoy, ya de los estudios históricos empezados por el tío y acabados por el sobrino, ya — para no nombrar las obras antes citadas, — del tratado de los *Talismanes*, ó la *Casa de los Juegos en que se hallan las distracciones de una sociedad por medio de narraciones agradables ó de ingeniosos juegos*, ya de la *Nueva colección de las piezas más agradables de su época*, ya de la diatriba *De la Academia Francesa establecida para la corrección y el embellecimiento del lenguaje, y de si presta alguna utilidad á los particulares y al público* (1654), ya de la *Descripción de la gran isla de los retratos*, ya de la *Relación de lo que pasó en el reino de Sofía*, ya de la *Lista de las presentaciones hechas en los grandes días de la elocuencia francesa*, para abreviar considerablemente la larga lista, por otra parte incompleta, que hizo de las obras de Sorel el P. Nicerón en sus *Memorias*¹?

Pocos autores han escrito tanto como Sorel y pocos han experimentado como él el pudor de su fecundidad. Consideraba, ó mejor dicho, se consideraban en su tiempo estos ejercicios literarios y satíricos como indignos de ocupar seriamente á un hombre honrado y á un historiógrafo de Francia. Así es que se creyó obligado á dar como espúreas la mayor parte de sus obras; firmó con el nombre de Delisle, su libro de los *Talismanes* é hizo á Moulinet du Parc, primero, responsable de los *Amores de Floris* y de *Cleontina*, y, segundo, de *Franción*. En este segundo caso le hacía un inestimable presente.

1. No debemos olvidar que Sorel, que seguramente conocía á fondo el campo de la novela española y había espigado en él, hizo justicia al genio de nuestros escritores, diciendo de ellos, en su *Biblioteca Francesa*: « Son los primeros que han hecho novelas verosímiles y divertidas. » (N. del T.)

Ha existido un escritor llamado de ó du Moulinet, señor du Parc, á quien Sorel atribuye las *Agradables Diversidades de Amor* (1614), los *Fieles Afectos*, y á quien tal vez hay que atribuir los *Divertidos Coloquios* (1612).

En cuanto á la cuestión de la autenticidad del *Franción*, realmente no existe y, para plantearla, hay que conceder á las negativas del autor un crédito demasiado cándido. Nadie le hace á uno traición más que los suyos, y á Sorel se la hizo su mejor y único amigo, Guido Patin. Si no bastase prueba tan evidente como la ya dada en dos ocasiones por el ilustre médico, cuando escribe el 25 de noviembre de 1653 que Sorel ha publicado muchos libros « entre otros *Franción* », y cuando repite el 14 de junio de 1657: « Sorel, el autor de *Franción* »; si, después de esta declaración perentoria y autorizada, hiciese falta una información más amplia, podría comprobarse, en su *Biblioteca francesa*, el pérfido embarazo de su negativa, la complacencia paternal de sus elogios, el calor de la defensa, el mal disimulado orgullo con que nos confía los méritos y el éxito de este libro, sus sesenta ediciones en París, en Ruán, en Troyes, y en otros lugares, y sus traducciones, que recuerda con frecuencia, « en inglés, en alemán y en algunas otras lenguas ». ¿Debemos agregar que sus contemporáneos no abrigaron la menor duda en este punto? Cuando Pellissón supo, por una indiscreción, quien era el verdadero autor de la sátira dirigida contra la Academia: *Lista de las presentaciones*, nombra al autor del *Franción* y del *Pastor Extravagante*, y no es ciertamente Moulinet quien escribió el *Pastor*.

El repudio de la paternidad, en cuanto á sus obras, era un hábito en Sorel y podría decirse de cada uno de sus libros lo que el abate d'Artigny dice de la *Lista*: « Sorel se explica de un modo tan embarazado que no se sabe si adopta esta sátira ó si la rechaza. » En fin, sería extraordinario que no se encontrasen en el *Franción* las preocupaciones favoritas de su autor: en efecto, se encuentran y acaban de confirmar la autenticidad de la obra.

El que escribió la *Lista de las presentaciones* (1630), el *Discurso sobre la Academia* (1654) y la *Relación de lo que pasó en el reino de Sofía desde las turbulencias promovidas por la retórica y la elocuencia* (1659), no podía escribir un libro de la importancia del *Franción* sin preocuparse en él de las cuestiones de reformas, de asambleas literarias, de trabajos relativos á la lengua y á la ortografía, que agitaban ya en 1622 la opinión del mundo literario algunos años antes de la fundación de la Academia, que en 1631 se reunía en la abadía de San Víctor y que reorganizó el cardenal de Richelieu. En la tienda del librero de la calle de Saint-Jacques tomamos ya parte en todas las disputas literarias de la época, en el curso de las cuales se debatieron las cuestiones de los neologismos, de las rimas, de la construcción de las

frases y de la ortografía que ya se pretendía fuese fonética :

Hay que quitar de nuestra ortografía las letras superfluas ; es seguro que se habló antes de saber escribir y que, por consiguiente, se formó la escritura conforme á la palabra, buscando letras que, ligadas entre sí, representasen el sonido de dichas palabras. Creo pues que deberíamos hacer lo mismo y no emplear letras inútiles ; porque ¿ á qué obedece este empleo ? Me diréis acaso que es porque la mayor parte de nuestras palabras proceden del latín ? Os responderé que es esto una razón para no seguir ese sistema : hay que hacer ver la riqueza de nuestra lengua, y que no hay en ella nada extranjero. Si os fabricasen guantes que tuviesen seis dedos los llevaríais á disgusto y os parecerían ridículos. Sería preciso que la naturaleza dotase vuestra mano de un nuevo dedo ó que el obrero suprimiese la funda inútil ; seguramente que haría lo más sencillo.

Franción se interesa vivamente por semejantes proyectos, que merecen su aprobación y, cuando llega á pensar en su aplicación, prevee y anuncia la fundación próxima de una sociedad encargada de elaborarlos oficialmente y de difundir en nombre del rey las nuevas reformas entre el pueblo. « Hay que crear una nueva cámara de autores franceses para hacer ver á los demás la utilidad de estas opiniones y persuadir al rey que debe hacerlas adoptar por todos sus súbditos ». Doce años más tarde la fundación de la Academia francesa vino á realizar este proyecto.

Queda por fijar el último rasgo. Cuando Franción habla con sus amigos de sus proyectos literarios, — en todo aquel largo discurso de libro XI que es, en verdad, el prefacio del libro y el manifiesto literario de Sorel, — lanza una diatriba contra las bajas dedicatorias en que los autores solicitaban pensiones á cambio de su adulación. Es propio de Sorel protestar contra esta humillación en nombre de la dignidad de los literatos, puesto que él despreció á los grandes, no les pidió nada y prefirió perder su empleo antes que someterse á las humillantes bajezas de la corte. Salvo un libro de su primera juventud, el *Orfizo de Crisanto*, dedicado á Mons. de Baradat, Sorel no se dignó nunca dedicar á nadie sus obras. Encarga á su héroe lanzar toda clase de invectivas contra uso tan humillante. Cuando Franción se hace autor, dedica su libro á los grandes para decirles toda clase de picardías ; en cuanto á Sorel, dedica su novela á Franción mismo, como al único digno de semejante favor. Así se revela claramente en la obra el carácter del hombre sin que pueda haber la menor duda entre los nombres ; en una obra en que Moulinet nada tiene que hacer y en que todo nos revela la personalidad de Sorel.

Nos informa en la *Advertencia á los lectores*, acerca de la edición de su obra, cuyos siete primeros libros aparecieron en 1622. La segunda, más completa, tiene once : la primera edición completa en 12 libros es

de Paris, impresa por P. Billaine, en 1628. El título fué en un principio *Historia cómica de Franción, azote de los viciosos* (1622), y luego, *la Verdadera historia cómica de Franción*, que es con frecuencia cómica y de la que podemos decir, y no es poco elogio, que si no siempre es verdadera, á veces verosímil.

Muchos de los que han visto en el *Franción* la primera de nuestras novelas de costumbres han exagerado y falseado singularmente su alcance, atribuyendo la importancia de una ruidosa manifestación á lo que era sólo un bosquejo imperfecto. Estamos muy lejos de encontrar aquí la verosimilitud y las cualidades de observación que forman el encanto del *Gil Blas de Santillana*, por ejemplo, y cuando los Señores Veckenstedt y Honncher reconocen en las novelas de Sorel el original de la de Lesage, están muy lejos de darse cuenta de la prodigiosa distancia que las separa. Distamos aún mucho de la reproducción fiel de la vida que hace del *Gil Blas* un tipo lleno de vida y de verdad. Nos hallamos en la aurora de la novela de costumbres. Entre Sorel y Balzac, como entre dos extremos, se realizan tentativas de las que la más eficaz fué la de Lesage. Fáltale aún á Sorel el haber evitado la exageración caricaturesca y las hinchazones de la caricatura. Ni las aventuras ni los caracteres tienen esa apariencia de autenticidad que han de adquirir más tarde las novelas. Las ridículas sesiones de Valentín en el fondo de su cuba, el grotesco ahorcamiento de los ladrones detenidos por haberse enganchado, al caer, en la rejas de las ventanas, las burlas bufonescas del falso rey de Polonia, las indiscretas bromas de Franción, la necia ridiculez de sus víctimas, sus ensueños, y sus aventuras de noble y de boyero son más á propósito para hacer reír á toda costa al lector y para zurrar la badana á algunos contemporáneos que para ofrecernos un cuadro fiel de las costumbres humanas y una pintura de la sociedad. Tantas extrañas invenciones y disparates le hacen perder el beneficio de las escenas naturales y de los retratos verdaderamente humanos que ha sabido componer. Porque, dejando á parte las exageraciones y las extravagancias, resulta claro que se encuentran en este libro los primeros elementos de la observación fiel y del realismo tal como lo entienden nuestros novelistas. No es ciertamente el lado menos interesante y menos nuevo de la obra el ver al autor protestar contra las divagaciones á que habían acostumbrado al público los novelistas. Tuvo la intuición, ya que no el secreto, de la pintura exacta, y aunque sólo sea en este concepto, Sorel tiene derecho á ocupar un puesto considerable en la historia de los antecesores que prepararon y realizaron la novela de costumbres.

Si se rebela contra las novelas de caballería y las pastoriles, que estaban de moda, y cuya crítica renovará en el *Pastor Extravagante*, es porque no halla en ellas naturalidad ni verdad. La graciosa Jocunda

ocupada en leer un « libro en que se trata de los amores entre pastores y pastoras », dice : « Me agrada mucho la verosimilitud y no podría hallarla en ninguna de las historias de este libro. No hay más que apariencia : los pastores son aquí filósofos y hacen el amor á la manera de los cortesanos. » Sabemos que Franción ama demasiado á Joconda para no ser de su parecer y que Sorel estima demasiado á Franción para no pensar como él. Cuando Hortensius se vale de las novelas para afirmar sus convicciones, este ridículo personaje hace, sin saberlo, la sátira más mordaz de las mismas. « Ved, en todas las novelas, qué admirables reconocimientos se encuentran. Cariclea se figuraba ser hija de un sacerdote y luego resulta que era hija de un rey. Imagínome que, de esta suerte, no siendo mi vida más que un tejido de maravillas, vendré á resultar al fin hijo de algún ilustre príncipe. Me presentarán mi cuna, mis mantillas, y hasta tal vez algún sonajero guarnecido de pedrería, para confirmar la nobleza de mi alcuernia. » Este género de protestas era raro en una época en que se tenía predilección por los acontecimientos maravillosos, afición que debía subsistir hasta las comedias de Molière y hasta *Atalia*.

Sorel tuvo la prudencia de pensar de otro modo. Fué uno de los primeros en expresar esta teoría que después se ha generalizado : « La historia verdadera ó fingida debe representar las cosas con la mayor naturalidad posible; de otra suerte resulta una fábula buena para entretener á los niños. » (Lib. X.) Aconsejó que se disminuyese el elemento convencional lo mismo en la forma que en el asunto de las novelas. Doscientos años antes que Víctor Hugo y ciento antes que Diderot, protestó en favor de los humildes, sean personas ó palabras.

Escúchese esta declaración de principios muy sorprendente en 1622 :

¿ No es cierto que es muy agradable y muy útil el estilo cómico y satírico? Gracias á él se ven todas las cosas en su verdadero estado de sencillez. Aparecen las acciones sin disimulo, mientras que en los libros serios hay ciertos respetos que impiden hablar con la misma libertad y esto hace que las historias sean imperfectas y que haya en ellas más mentira que verdad. Si nos interesan las cuestiones de lenguaje, como así debe ser en efecto, ¿ dónde puede estudiárselas mejor que aquí? Creo que en este libro podrá encontrarse la lengua francesa completa — esta idea, hoy trivial, era muy imprevista en su época — y que no he prescindido de las palabras de que usa el vulgo, lo cual no siempre se observa, porque en las obras demasiado modestas no hay libertad para pensar en esto y sin embargo estas cosas bajas son con frecuencia más agradables que las más elevadas.

Merece toda nuestra atención esta página en que aparece Sorel como precursor consciente del realismo en el siglo xvii.

Sería un error pretender asignar fecha reciente á la teoría realista ;

esta corriente circulaba ya bajo los cimientos de nuestra literatura clásica. Boileau se burló de los que abusaban de ella; sin embargo él mismo la empleó y no conozco nada más realista que su *Comida ridícula* : aquella sopa con zumo de limón y yemas de huevos batidas con agraz; aquellos conejos que huelen aún á col; aquellos vasos mal enjuagados ó aquellas mollejas de ternera con setas; á no ser los gatos, los gallos, los cerrajeros, los perros, los tejadores, los arroyos crecidos de las calles que hay que pasar sobre unas piedras, y otros embarazos de París. Los poetas épicos no detestaron semejante nota, á la que Boileau daba el nombre de « bajas circunstancias ». Cuando Saint-Amant envía su *Moisés salvado* á través del Mar Rojo y le ven pasar los peces, Perrault, contra el parecer de Boileau, encuentra este detalle pintoresco y gracioso (*Paralelo*, III). Saint-Amant tenía el sentido de la observación y de los detalles curiosos, ya describa á un niño que juega en la playa y que enseña á su madre las chinias que recoge, ya nos represente el hundimiento de un piso.

El realismo de la *Doncella* es ridículo por la expresión y por la extensión que se le da, pero existe. En cuanto á La Bruyère, recuérdense sus retratos grabados con tan rudos rasgos, como Gnathón, á quien le chorean el zumo y las salsas por la barba cuando come, y M... que tiene el color verdoso, que padece cólicos nefríticos, etc. Recuérdese también la página de los campesinos inclinados sobre la tierra, que es tan vigorosa como un lienzo de Millet, y la pradera de noche, y la maravillosa guerra de los gatos, y aquel cuadro tan pintoresco : « Avanza ya la noche, relévanse los centinelas en las avenidas de palacio, brillan los astros en el cielo, siguiendo su carrera; toda la naturaleza descansa privada de la luz y sepultada en las sombras; nosotros también descansamos mientras el rey vela por nosotros. » (*Disc. á la Acad.*) El Sr. Taine ha celebrado esta ingeniosa innovación de La Bruyère que consistía en llamar la atención del lector por medio de pinturas realistas. « Nombrar las cosas por su nombre, hablar de pintores, de vidrieros, de contratos, de objetos de los más bajos y populares, es un prodigio en un siglo en que las conveniencias se imponían con gran imperio. Los rasgos generales son vagos y, para llamar la atención del lector, La Bruyère, como Balzac, se ve obligado á tocarle en lo vivo con rasgos particulares. » (*Nuevos Ensayos de crítica y de historia.*) Esto es cierto; pero mucho antes que Balzac y que La Bruyère, hay que nombrar, no digo á Furetière, ni tampoco á Scarrón, sino á Sorel que, de intento, reflexivamente y con plena conciencia de las ventajas y novedad de esta teoría, hizo inclinarse la literatura hacia el realismo.

Hay una interesante página de los *Caracteres* en que La Bruyère aconseja á los escritores que aparten su observación de los hombres

cultos y de la aristocracia para fijarla en el bajo pueblo¹. « El que se lanza á explorar el pueblo ó la provincia no tarda en hacer, si tiene ojos, extraños descubrimientos y en ver cosas que son nuevas para él y cuya existencia no sospechaba. » (*Del Hombre.*) El *Franción* es la aplicación anticipada de este precepto que nuestros más modernos realistas han llevado hasta sus últimas consecuencias, pero no más lejos que el mismo Sorel. Cuando éste declara: « Nos proponemos ver una imagen de la vida humana », exagera tanto como nuestros naturalistas cuando han pretendido imitar la vida, de la que sólo conocen un aspecto. Ha visto y ha pintado la sociedad en su parte baja. Se atiene á las trivialidades que le divierten. Su ideal está muy bajo. Cuando *Franción* hace como que abrevia el cuento de sus aventuras picarescas, su interlocutor se muestra desolado: « ¿Cómo, caballero, me priváis de esa suerte del relato de vuestras más agradables aventuras? ¿Ignoráis que esas acciones bajas son infinitamente agradables y que tenemos el mismo gusto en oírlas que en oír las de Guzmán de Alfarache y de Lazarillo de Tormes²? » Esta complacencia en las realidades vulgares, groseras y obscenas hace de Sorel un naturalista intrépido. *Franción* es, en ciertos pasajes, más crapuloso que los estudios de nuestros observadores más endurecidos. Su autor no pinta á la aristocracia que parece conocer bastante mal; sus caballeros son aventureros y sus héroes, aldeanos, porteros, gente licenciosa, rateros, posaderos, esbirros y mujeres de mala vida. De intento y á manera de reacción contra d'Urfé, nos mantiene en el « bajo pueblo » y en las « bajas circunstancias ».

Como si estuviese aún poco satisfecho de haber opuesto de esta suerte la pintura del populacho á los dorados ensueños de las novelas metafísicas, parece que tuvo el pensamiento de un género intermedio, desconocido en todo el siglo xvii, que debían defender Diderot y Beaumarchais. Estos parecerán más tarde haber descubierto la pintura de la vida burguesa, cuando antes que ellos la había ya intentado Lesage y cuando Sorel la había aconsejado. Cuando Beaumarchais escribió su drama financiero *Dos Amigos*, probaba sus fuerzas en la pintura, hasta entonces desdeñada, de las « condiciones », es decir de las profesiones de que ya se hablaba en *Gil Blas* ó en *Turcaret*, y de que mucho antes presentía Sorel que se podrían sacar situaciones interesantes. Hay que notar y retener este proyecto que Sorel desliza tímidamente en los estatutos de la Academia polaca, cual si no se atreviese á asumir su responsabilidad. El pasaje es sorprendente como todas las ideas nuevas

1. Este es precisamente uno de los principales caracteres de la novela picaresca que tan distinguido lugar ocupa en nuestra literatura y de que tanto provecho sacaron los escritores franceses. (N. del T.)

2. Estas palabras demuestran los populares que eran en Francia estas dos novelas españolas. Acerca de esto da muy curiosas noticias el libro ya citado del señor Morel Fatio, *Etudes sur l'Espagne*. (N. del T.)

que el porvenir debe realizar y consagrar: « No se han visto aún sino novelas de guerra y de amor, pero pueden hacerse también novelas que sólo hablen de procesos, de intereses ó de mercancías. En el trajín de los negocios hay también muy notables situaciones y nadie hasta hoy ha pensado en esto (lib. XI). » Esta concepción, con la que nos han familiarizado nuestros novelistas, debía desconcertar á una sociedad en la que burgueses y comerciantes eran considerados como indignos de llamar la atención de los literatos, á no ser para ridiculizarlos ó para hacerlos apalear en el escenario de un teatro. No debemos pasar en silencio esta pequeña reivindicación del derecho que tenía la burguesía á suministrar asuntos á los autores serios. No debía obtener satisfacción sino en el siglo siguiente, en el que la sociedad, lo mismo que la literatura, debían reservar á los burgueses lugar mucho más amplio; pero Sorel conserva, por este hecho, una vaga apariencia de precursor y de campeón de los humildes á quienes ha descrito con complacencia y acierto y á quienes ha querido, al parecer, consolar ó vengar atreviéndose á escribir este audaz axioma: « Un rey no es más que un siervo respetable (lib. XI). »

Porque en la obra de Sorel se oye uno de esos ecos de las reivindicaciones sociales que no dejaron de rugir sordamente en Francia desde el siglo xvi al xviii, y con frecuencia se le ocurre á *Franción* dictar de antemano sus más audaces manifiestos al mismo Figaro:

¿Paréceos que me debo humillar ante una infinidad de gente que tiene obligación de agradecer á la fortuna las riquezas que le ha dado para encubrir sus defectos? El campesino que vive perfectamente á usanza del campo me parece más digno de alabanza que el que nació caballero y no ha hecho acciones de tal; hasta tal punto que, no estimando á cada uno sino por lo que es y no por lo que tiene, considero igualmente á los que tienen á su cargo los más altos negocios y á los que llevan sobre sus hombros una carga de leña si no estableciese entre ellos diferencia la virtud (*Ibid.*)¹.

Gracias á la pintura de la gente humilde, es *Franción* el cuadro más animado de las clases bajas en el siglo xvii. Allí se encuentra una serie completa de escenas y retratos que parecen reproducciones de antiguas estampas populares; creería uno hojear un álbum de aguas fuertes, vigorosamente grabadas como las de Abrahán Bosse. Allí vemos de nuevo al viejo Paris en su pintoresca confusión, desde el Arsenal al Palacio, desde el Puits Certain y de la calle Saint-Hilaire á la escuela del Decreto y á la calle San Juan de Beau-

1. Este espíritu de altivez é independencia campea en los moralistas españoles y en todo nuestro teatro, que Sorel conocía á fondo. Doquiera se encuentran en nuestros poetas axiomas como el siguiente de Calderón:

El cuerpo lo viste el oro,
Para el alma, la nobleza.

(N. del T.)

vais; allí recorreremos estrechas y sombrías callejuelas coronadas por los pisos adornados de torrecillas salientes, y mal alumbradas por las humosas farolas que cuelgan de las poleas; allí nos mezclamos con la multitud de papanatas que se atropellan al pie del tablado de Tabarín y de Carmeline; allí seguimos la pista de los rateos que aprovechan las apreturas, de los espadachines que se guardan de la ronda, y de los sargentos que van á cuenta y mitad en las operaciones de los ladrones á quienes tienen que vigilar; allí penetramos en las casas dudosas que son á la vez lugar de cita, depósito y campo de acción de aquellas bandas de rufianes: oscuras guaridas preparadas para las encerronas y el desenfreno. Escuchamos en el Puente Nuevo, delante de los Agustinos, al dentista italiano que llega á caballo vestido con brillante casaca, con un manto de tafetán encima y que lleva en el sombrero por vía de cordón una sarta de dientes; inmediatamente le rodean los mozos de cuerda, los lacayos, los vendedores de cerezas y de almanaques. Vagamos á lo largo de las tiendas de la galería del Palacio ante los libreros de viejo, los perfumistas y las modistas que tienen en sus escaparates muñecas vestidas. Nos paseamos junto á los postigos del Luvre, donde la insolencia de los pajes, tan temibles para los burgueses, divierte á los transeúntes. Si hay baile real, hacemos cola en la calle y nos divertimos con las ocurrencias y chistes que cambian entre sí los pilluelos de la época. Si subimos hacia la calle Saint-Jacques, visitamos las más famosas librerías, tropezamos con las celebridades del día y tenemos las primicias de lo que se imprime. Penetramos en el colegio de Lisieux, calle de San Esteban, y volvemos á presenciar la vida de los escolares y maestros de principios del siglo xvii. Si de la Universidad nos dirigimos al Palacio de Justicia, entramos en el antro de los curiales y allí se nos hace de la gente de justicia un retrato que hay que colocar entre las sátiras más célebres hechas contra la magistratura desde Rabelais hasta Beaumarchais.

La esquina de la calle, el tenducho, la taberna, la encrucijada, los muelles, los paseos, la vida exterior, he aquí lo que nos ha conservado Franción. No hay que buscar en él pinturas de la vida de familia ó escenas de interior; sus héroes se parecen á *Gil Blas* en lo pícaros, y viven más en la calle ó en la taberna que en su domicilio; esto es lo que los hace tan pintorescos á nuestros ojos. Nos transportan al viejo y negro París de 1620, al París que se encuentra en los dibujos de Israel Silvestre y en los grabados de Gabriel Perelle ó de Colignón, y cuyos embarazos, trajín, gritos, rumores, diversiones y peligros nos han contado tan alegremente Claudio Le Petit, Berthod, Colletet y Boileau.

Franción no nos mantiene en lo interior de París sino que nos hace salir de las murallas en seguimiento suyo. Nos lleva á provincias, á las estaciones termales donde abundan más las intrigas galantes que

las enfermedades, y sobre todo nos conduce al campo, en medio de sus queridos campesinos, á los que parece haber consagrado un interés que, en aquella época, es una originalidad, puesto que ha de maravillar y pasar por atrevimiento el que más tarde La Bruyère y Racine lamenten la miseria del pueblo. Sorel describe con gracia y buen humor las costumbres de los aldeanos, su habladora curiosidad, sus charlas, sus ocurrencias, su cándida credulidad, sus fiestas campestres, sus galanterías nada hábiles y sus cumplidos torpes que hacen con aire cohibido, con la mirada fija en el suelo, con los pies juntos y manoseando con los dedos el ala de su sombrero. Conoce y deplora sus miserias, cuando el señor del castillo les arranca caballerías y víveres, los azota y les impone multa si han tenido la desgracia de recoger un poco de leña al rededor de sus bosques, sin cuidarse de otra cosa que de no arruinarlos por completo á fin de poder despojarlos otra vez!

El realismo, en general, es melancólico. El estudio de las miserias humanas y de las capas ínfimas de la vida engendra amargura, tedio y tristeza. Franción, que no se ha fijado tanto en esto, no causa esa impresión penosa y, á no saber por otra parte que Sorel era hombre de carácter melancólico, no podríamos sospecharlo por su libro. Su héroe, como Estebanillo González, es un mozo de buen humor; su historia se intitula historia cómica y empieza del modo siguiente: « Ya tenemos bastantes historias trágicas, que sólo sirven para entristecernos; ahora hace falta una que sea enteramente cómica. » La alegría de este libro divierte, pero rebaja bastante el alcance de la obra desterrando de ella toda filosofía. Á pesar del constante cuidado que se revela en cada página de hacer una obra útil y de contribuir á la educación de los hombres, estas lecciones no pasan del nivel de una moral poco elevada cuyos fines son el interés y la utilidad. Es enseñanza discutible la en que nos expone todas las astucias y picardias para inspirarnos horror hacia ellas después de habernos divertido con su espectáculo. Semejante al fraile que reza su *mea culpa* emborrachándose cada día en la bodega del convento, Sorel prodiga los sermones y preceptos después de los relatos más licenciosos. Aparte de que no es muy honrado el ponerse al abrigo del « buen fin » para decir desvergüenzas, su enseñanza carece de eficacia, porque no tiene ni elevación ni ideal. Son consejos prácticos que nos ponen en guardia contra el mal por los inconvenientes que trae, como lo prueban sus ejemplos. Á todos aquellos razonadores no les perturba ningún gran problema ni cruza, cual

1. En nuestra literatura, lo mismo en la novela que en el teatro, ocupa siempre el pueblo, y sobre todo el del campo, lugar preponderante. Recuérdese la hermosa frase de Pedro Crespo en el *Alcalde de Zalamea*:

¿Que no hubiera un capitán.
Si no hubiera un labrador!

(N. del T.)